

Inteligencia artificial, desigualdad científica y efectos en la producción de conocimiento: cómo la IA amplía las asimetrías en la investigación

Artificial intelligence, scientific inequality and effects on knowledge production: how AI widens asymmetries in research

Manuel Goyanes

Goyanes, M. (2026). "Inteligencia artificial, desigualdad científica y efectos en la producción del conocimiento: cómo la IA amplía las asimetrías en la investigación". *Anuario ThinkEPI*, 20, e20a03. <https://doi.org/10.3145/thinkepi.2026.e20a03>

Publicado en *IweTel* el 13 de febrero de 2026

Manuel Goyanes

<https://www.directorioexit.info/ficha3719>

<https://orcid.org/0000-0001-8329-0610>

Universidad Carlos III de Madrid

manuel.goyanes@uc3m.es



Abstract: A diferencia de lo ocurrido con otras tecnologías digitales, la inteligencia artificial (IA) ha sido incorporada al ámbito de la investigación científica bajo un discurso predominantemente optimista. En este marco, la IA es asumida en conversaciones formales e informales como una tecnología capaz de democratizar los procesos de investigación, desde el diseño de la investigación hasta el análisis de datos, reduciendo barreras de entrada y favoreciendo a investigadores o ecosistemas tradicionalmente desfavorecidos. Este ensayo problematiza dicha premisa y sostiene que la IA no necesariamente disminuye las desigualdades en la producción de conocimiento científico, sino que tiende a ampliarlas. El argumento central es que su aprovechamiento depende de capitales y competencias previos distribuidos de manera desigual entre investigadores e instituciones. En consecuencia, la expansión de la IA introduce una nueva capa de valor que refuerza ventajas acumulativas y acentúa las distancias entre quienes saben integrarla controladamente en sus procesos de investigación y quienes no. A partir del caso específico de la investigación en comunicación, el ensayo explora los efectos ambivalentes de esta tecnología y plantea la necesidad de fortalecer la formación metodológica y teórica como condición necesaria para evitar que la IA consolide una falsa seguridad de competencia y una estandarización de la producción de conocimiento que derive en un aumento de la productividad desvinculada de la calidad.

Palabras clave: Inteligencia artificial; Desigualdad científica; Producción de conocimiento; Competencia científica; Capacitación científica; Asimetría académica.

Abstract: Unlike other digital technologies, artificial intelligence (AI) has been incorporated into the field of scientific research under a predominantly optimistic narrative. Within this framework, AI is presented

in both formal and informal discussions as a technology capable of democratizing research processes, from research design to data analysis, reducing barriers to entry and benefiting traditionally disadvantaged researchers or ecosystems. This essay challenges this premise, arguing that AI does not necessarily reduce inequalities in the production of scientific knowledge, but rather tends to widen them. The central argument is that its effective use depends on pre-existing capital and skills that are unevenly distributed among researchers and institutions. Consequently, the expansion of AI introduces a new layer of value that reinforces cumulative advantages and accentuates the gap between those who know how to integrate it effectively into their research processes and those who do not. Using the specific case of communication research, this essay explores the ambivalent effects of this technology and argues for the need to strengthen methodological and theoretical training as a necessary condition to prevent AI from consolidating a false sense of security regarding competence and a standardization of knowledge production that leads to increased productivity detached from quality.

Keywords: Artificial intelligence; Scientific inequality; Knowledge production; Scientific competence; Scientific training; Academic asymmetry.

La promesa de la democratización científica

El estudio de las desigualdades estructurales ha ocupado tradicionalmente un lugar central en las ciencias sociales, vinculándose a dimensiones clásicas como el género, la raza, la clase social o el nivel educativo (Blackburn, 2008). En las últimas décadas, sin embargo, este campo de investigación se ha ampliado de manera significativa, sobre todo a raíz de la expansión de internet y de los dispositivos móviles, dando lugar a una extensa literatura centrada en las desigualdades digitales (Robinson et al., 2015). En este marco, el acceso y el uso de internet y del *smartphone* han sido analizados como nuevos factores que no sustituyen a las desigualdades preexistentes, sino que tienden a superponerse a ellas y, en muchos casos, a intensificarlas (Hargittai y Hinnant, 2008).

No obstante, la mayor parte de esta literatura reciente se ha concentrado en tecnologías relativamente ya consolidadas, dejando en un segundo plano el análisis de tecnologías emergentes con un potencial transformador mayor. La irrupción reciente de la inteligencia artificial, y en particular de los modelos de lenguaje de gran escala (LLMs), como *ChatGPT*, ha supuesto un cambio cualitativo en múltiples industrias y sectores (Gil de Zúñiga et al., 2024). Uno de los ámbitos donde este impacto está siendo más profundo, y al mismo tiempo menos problematizado, es el de la investigación científica.

De forma llamativa, a diferencia de lo ocurrido con otras tecnologías digitales, la inteligencia artificial aplicada a la investigación ha sido asumida, en numerosos discursos formales e informales, como una herramienta predominantemente positiva. En este discurso dominante, la IA aparece como un gran capacitador del quehacer científico: una tecnología capaz de democratizar el planteamiento de las distintas fases del proceso investigador, desde el diseño metodológico hasta el análisis de datos, reduciendo barreras de entrada y favoreciendo a investigadores o ecosistemas científicos tradicionalmente desfavorecidos.

Este tecno-optimismo se apoya en una idea implícita de acceso universal y en la suposición de que las capacidades de la inteligencia artificial pueden ser aprovechadas de manera homogénea por todos los investigadores. Sin embargo, este ensayo sostiene que dicha suposición resulta, como mínimo, problemática. Si bien la inteligencia artificial puede facilitar determinadas tareas del proceso investigador (véase por ejemplo Goyanes y De-Marcos, 2025), su expansión no conduce necesaria-

mente a una reducción de las desigualdades existentes en la producción de conocimiento ni a un aumento de la solidez de las contribuciones. Por el contrario, el argumento central que desarrollo en este ensayo es que la inteligencia artificial tiende a reforzar y hacer más visibles las distancias entre quienes poseen los conocimientos, competencias y capital científico necesarios para explotar la eficazmente y quienes no. Ello podría introducir e intensificar dos riesgos interrelacionados: por un lado, una falsa sensación de seguridad y capacitación científica; y por otro, una tendencia hacia la estandarización teórica, metodológica y estilística que podría intensificar la ya cuestionable creatividad investigadora.

La inteligencia artificial como amplificador de desigualdades: acceso no es aprovechamiento

Uno de los supuestos centrales del discurso optimista sobre la inteligencia artificial en la investigación científica es que el acceso a estas herramientas equivale, de manera casi automática, a su aprovechamiento. Esta premisa resulta, a mi juicio, profundamente equivocada. Tener acceso a una tecnología no implica necesariamente saber utilizarla de forma adecuada, ni mucho menos extraer de ella todo su potencial.

La literatura sobre desigualdades tecnológicas ha mostrado de forma reiterada que el acceso constituye solo el primer nivel de la adopción tecnológica (DiMaggio et al., 2004). Disponer de un *smartphone*, por ejemplo, no garantiza que todos los usuarios exploten de manera similar sus funcionalidades, ni que lo integren con la misma eficacia en sus prácticas cotidianas. Las diferencias en competencias, conocimientos previos, y capital cultural generan resultados sustancialmente distintos aun cuando la tecnología es formalmente la misma.

Esta lógica es plenamente aplicable a la inteligencia artificial y, en particular, a los modelos de lenguaje de gran escala y sus usos para la producción de conocimiento científico. Lejos de actuar como un mecanismo democratizador, la inteligencia artificial tiende a funcionar como un amplificador de las desigualdades existentes en la investigación científica. La razón fundamental es que su aprovechamiento depende de infraestructuras, competencias y capitales previos que no están distribuidos de manera homogénea entre investigadores, instituciones o ecosistemas científicos. Como resultado, aquellos entornos que ya parten de posiciones ventajosas son también los que avanzan más rápidamente en la integración y aprovechamiento de la IA en sus prácticas de investigación.

Los mecanismos que explican este proceso son relativamente simples. Investigadores y colectivos con mayor conocimiento previo (teórico, metodológico y técnico), mejores infraestructuras y acumulación de capital académico (generalmente en forma de redes de investigación), están en mejores condiciones de exprimir las funcionalidades de la inteligencia artificial para producir conocimiento basado en evidencias. Esta capacitación permite, además, detectar errores, sesgos o alucinaciones en el momento en que se producen, integrando la IA como una herramienta complementaria y controlada dentro de las distintas fases del proceso de investigación.

Por el contrario, en ecosistemas donde estos factores son más limitados, el uso de la inteligencia artificial tiende a ser más dependiente del *output* generado por los propios sistemas. En estos casos, existe un mayor riesgo de confundir la calidez del texto artificialmente generado por los LLMs con calidad científica. Del mismo modo, cuando la inteligencia artificial se emplea en tareas metodológicas, puede producirse una confusión peligrosa entre fiabilidad y validez: respuestas similares ofrecidas por distintos modelos o en diferentes iteraciones (fiabilidad) pueden interpretarse erróneamente como correctas ([in]validez), cuando en realidad reproducen de manera sistemática los mismos errores. De esto se derivan dos consecuencias:

- 1) En ausencia de una formación sólida que permita evaluar críticamente los resultados de la interacción humano-máquina, los errores pueden pasar desapercibidos y reproducirse más fácilmente, generando peor conocimiento científico.
- 2) El rendimiento científico de la inteligencia artificial depende menos de la herramienta que del entorno académico en el que se utiliza.

Ahora bien, el problema central no radica únicamente en que el aprovechamiento de la inteligencia artificial sea desigual (algo esperable en cualquier tecnología compleja) sino en los efectos epistemológicos que estas diferencias generan en la producción de conocimiento científico. Es precisamente en estos efectos donde se sitúa el núcleo del problema.

Efectos específicos en la investigación en comunicación

En el ámbito específico de la investigación en comunicación, la incorporación de la inteligencia artificial está produciendo efectos visibles y ambivalentes. Por un lado, y siempre que exista acceso a estas herramientas, la IA permite automatizar y agilizar un amplio abanico de tareas cuya complejidad varía considerablemente. En su nivel más básico, facilita procesos relativamente simples como la traducción de textos, la corrección formal o la mejora estilística de manuscritos. En niveles más avanzados, puede intervenir en fases más complejas del proceso de investigación, como el diseño de estudios, el preprocesamiento de datos o determinados tipos de análisis.

Este conjunto de aplicaciones tiene un efecto inmediato y difícilmente discutible: un incremento general de la productividad científica. La inteligencia artificial permite producir más investigación en menos tiempo. Sin embargo, este aumento en la cantidad de producción científica podría no implicar necesariamente un incremento proporcional en su calidad. De hecho, en primer lugar, existe el riesgo de que la facilidad para generar textos y resultados proporcione al colectivo académico una falsa sensación de solidez y capacitación científica no respaldada por una formación equivalente.

La seguridad de la IA a la hora de organizar ideas, sintetizar literatura o proponer diseños metodológicos genera una experiencia de usuario que puede inducir a interpretar el resultado como intelectualmente sólido, incluso cuando el contenido es superficial, incompleto o conceptualmente problemático. En investigadores con una experiencia y formación sólida, esta interacción puede funcionar como herramienta auxiliar, sometida a evaluación constante. Pero en otros contextos, la calidez y dulzura del *output* puede generar una sensación de seguridad injustificada además de dependencia. La coherencia lingüística artificial se convierte así en sustituto implícito del razonamiento científico, no necesariamente eliminándolo, pero muy probablemente relajándolo.

Más allá de la ilusión de seguridad y solidez, la integración creciente de la inteligencia artificial en la práctica científica puede intensificar un segundo efecto estructural: la estandarización teórica, metodológica y estilística del campo. Al operar sobre patrones hegemónicos, los modelos de lenguaje artificial tienden a reproducir las formas de hacer investigación más convencionales y consolidadas, visibilizando (aún más) aquello que es familiar y, en consecuencia, guillotinando aquello que es diferente o periférico. Este proceso no implica necesariamente una degradación inmediata de la calidad científica. Sin embargo, plantea una pregunta de mayor alcance: ¿qué ocurre con la diversidad científica cuando una tecnología basada en patrones dominantes se integra masivamente en la práctica investigadora? Si la creatividad científica requiere riesgo, duda y ensayo, la eliminación de estas fricciones mediante el incremento de herramientas altamente estandarizadoras puede tener importantes efectos secundarios en la originalidad del campo.

Planteado en términos prospectivos, la inteligencia artificial podría favorecer una expansión cuantitativa de la investigación en comunicación sin una mejora equivalente en su calidad y relevancia

internacional. Este escenario no debe interpretarse como un argumento contra la IA, sino como una llamada a tenerla en cuenta en la formación básica de los programas de doctorado. Bien integrada, la inteligencia artificial representa una gran oportunidad para fortalecer la calidad de la investigación en comunicación en España y reforzar su proyección internacional. Pero ello requiere estar alerta ante sus posibles efectos no deseados y actuar en consecuencia, poniendo el foco en la formación teórica y metodológica de nuestros estudiantes para que puedan aprovecharla con mayores garantías.

Referencias

- Blackburn, R. M. (2008). What is social inequality? *International Journal of Sociology and Social Policy*, 28(7–8), 250–259. <https://doi.org/10.1108/01443330810890664>
- DiMaggio, P., Hargittai, E., Celeste, C., & Shafer, S. (2004). Digital inequality: From unequal access to differentiated use. In K. M. Neckerman (Ed.), *Social inequality* (pp. 355–400). Russell Sage Foundation.
- Gil de Zúñiga, H., Goyanes, M., & Durotoye, T. (2024). A scholarly definition of artificial intelligence (AI): Advancing AI as a conceptual framework in communication research. *Political Communication*, 41(2), 317–334. <https://doi.org/10.1080/10584609.2023.2290497>
- Goyanes, M., & De-Marcos, L. (2025). Protocolo metodológico para el desarrollo de análisis de contenido asistido por inteligencia artificial fiable y válido: Guía práctica con ChatGPT. *Anuario ThinkEPI*, 19, e19a15. <https://doi.org/10.3145/thinkepi.2025.e19a07>
- Hargittai, E., & Hinnant, A. (2008). Digital inequality: Differences in young adults' use of the Internet. *Communication Research*, 35(5), 602–621. <https://doi.org/10.1177/0093650208321782>
- Robinson, L., Cotten, S. R., Ono, H., Quan-Haase, A., Mesch, G., Chen, W., Schulz, J., Hale, T. M., & Stern, M. J. (2015). Digital inequalities and why they matter. *Information, Communication & Society*, 18(5), 569–582. <https://doi.org/10.1080/1369118X.2015.1012532>

in both formal and informal discussions as a technology capable of democratizing research processes, from research design to data analysis, reducing barriers to entry and benefiting traditionally disadvantaged researchers or ecosystems. This essay challenges this premise, arguing that AI does not necessarily reduce inequalities in the production of scientific knowledge, but rather tends to widen them. The central argument is that its effective use depends on pre-existing capital and skills that are unevenly distributed among researchers and institutions. Consequently, the expansion of AI introduces a new layer of value that reinforces cumulative advantages and accentuates the gap between those who know how to integrate it effectively into their research processes and those who do not. Using the specific case of communication research, this essay explores the ambivalent effects of this technology and argues for the need to strengthen methodological and theoretical training as a necessary condition to prevent AI from consolidating a false sense of security regarding competence and a standardization of knowledge production that leads to increased productivity detached from quality.

Keywords: Artificial intelligence; Scientific inequality; Knowledge production; Scientific competence; Scientific training; Academic asymmetry.

La promesa de la democratización científica

El estudio de las desigualdades estructurales ha ocupado tradicionalmente un lugar central en las ciencias sociales, vinculándose a dimensiones clásicas como el género, la raza, la clase social o el nivel educativo (Blackburn, 2008). En las últimas décadas, sin embargo, este campo de investigación se ha ampliado de manera significativa, sobre todo a raíz de la expansión de internet y de los dispositivos móviles, dando lugar a una extensa literatura centrada en las desigualdades digitales (Robinson et al., 2015). En este marco, el acceso y el uso de internet y del *smartphone* han sido analizados como nuevos factores que no sustituyen a las desigualdades preexistentes, sino que tienden a superponerse a ellas y, en muchos casos, a intensificarlas (Hargittai y Hinnant, 2008).

No obstante, la mayor parte de esta literatura reciente se ha concentrado en tecnologías relativamente ya consolidadas, dejando en un segundo plano el análisis de tecnologías emergentes con un potencial transformador mayor. La irrupción reciente de la inteligencia artificial, y en particular de los modelos de lenguaje de gran escala (LLMs), como *ChatGPT*, ha supuesto un cambio cualitativo en múltiples industrias y sectores (Gil de Zúñiga et al., 2024). Uno de los ámbitos donde este impacto está siendo más profundo, y al mismo tiempo menos problematizado, es el de la investigación científica.

De forma llamativa, a diferencia de lo ocurrido con otras tecnologías digitales, la inteligencia artificial aplicada a la investigación ha sido asumida, en numerosos discursos formales e informales, como una herramienta predominantemente positiva. En este discurso dominante, la IA aparece como un gran capacitador del quehacer científico: una tecnología capaz de democratizar el planteamiento de las distintas fases del proceso investigador, desde el diseño metodológico hasta el análisis de datos, reduciendo barreras de entrada y favoreciendo a investigadores o ecosistemas científicos tradicionalmente desfavorecidos.

Este tecno-optimismo se apoya en una idea implícita de acceso universal y en la suposición de que las capacidades de la inteligencia artificial pueden ser aprovechadas de manera homogénea por todos los investigadores. Sin embargo, este ensayo sostiene que dicha suposición resulta, como mínimo, problemática. Si bien la inteligencia artificial puede facilitar determinadas tareas del proceso investigador (véase por ejemplo Goyanes y De-Marcos, 2025), su expansión no conduce necesaria-

mente a una reducción de las desigualdades existentes en la producción de conocimiento ni a un aumento de la solidez de las contribuciones. Por el contrario, el argumento central que desarrollo en este ensayo es que la inteligencia artificial tiende a reforzar y hacer más visibles las distancias entre quienes poseen los conocimientos, competencias y capital científico necesarios para explotar la eficazmente y quienes no. Ello podría introducir e intensificar dos riesgos interrelacionados: por un lado, una falsa sensación de seguridad y capacitación científica; y por otro, una tendencia hacia la estandarización teórica, metodológica y estilística que podría intensificar la ya cuestionable creatividad investigadora.

La inteligencia artificial como amplificador de desigualdades: acceso no es aprovechamiento

Uno de los supuestos centrales del discurso optimista sobre la inteligencia artificial en la investigación científica es que el acceso a estas herramientas equivale, de manera casi automática, a su aprovechamiento. Esta premisa resulta, a mi juicio, profundamente equivocada. Tener acceso a una tecnología no implica necesariamente saber utilizarla de forma adecuada, ni mucho menos extraer de ella todo su potencial.

La literatura sobre desigualdades tecnológicas ha mostrado de forma reiterada que el acceso constituye solo el primer nivel de la adopción tecnológica (DiMaggio et al., 2004). Disponer de un *smartphone*, por ejemplo, no garantiza que todos los usuarios exploten de manera similar sus funcionalidades, ni que lo integren con la misma eficacia en sus prácticas cotidianas. Las diferencias en competencias, conocimientos previos, y capital cultural generan resultados sustancialmente distintos aun cuando la tecnología es formalmente la misma.

Esta lógica es plenamente aplicable a la inteligencia artificial y, en particular, a los modelos de lenguaje de gran escala y sus usos para la producción de conocimiento científico. Lejos de actuar como un mecanismo democratizador, la inteligencia artificial tiende a funcionar como un amplificador de las desigualdades existentes en la investigación científica. La razón fundamental es que su aprovechamiento depende de infraestructuras, competencias y capitales previos que no están distribuidos de manera homogénea entre investigadores, instituciones o ecosistemas científicos. Como resultado, aquellos entornos que ya parten de posiciones ventajosas son también los que avanzan más rápidamente en la integración y aprovechamiento de la IA en sus prácticas de investigación.

Los mecanismos que explican este proceso son relativamente simples. Investigadores y colectivos con mayor conocimiento previo (teórico, metodológico y técnico), mejores infraestructuras y acumulación de capital académico (generalmente en forma de redes de investigación), están en mejores condiciones de exprimir las funcionalidades de la inteligencia artificial para producir conocimiento basado en evidencias. Esta capacitación permite, además, detectar errores, sesgos o alucinaciones en el momento en que se producen, integrando la IA como una herramienta complementaria y controlada dentro de las distintas fases del proceso de investigación.

Por el contrario, en ecosistemas donde estos factores son más limitados, el uso de la inteligencia artificial tiende a ser más dependiente del *output* generado por los propios sistemas. En estos casos, existe un mayor riesgo de confundir la calidez del texto artificialmente generado por los LLMs con calidad científica. Del mismo modo, cuando la inteligencia artificial se emplea en tareas metodológicas, puede producirse una confusión peligrosa entre fiabilidad y validez: respuestas similares ofrecidas por distintos modelos o en diferentes iteraciones (fiabilidad) pueden interpretarse erróneamente como correctas ([in]validez), cuando en realidad reproducen de manera sistemática los mismos errores. De esto se derivan dos consecuencias:

- 1) En ausencia de una formación sólida que permita evaluar críticamente los resultados de la interacción humano-máquina, los errores pueden pasar desapercibidos y reproducirse más fácilmente, generando peor conocimiento científico.
- 2) El rendimiento científico de la inteligencia artificial depende menos de la herramienta que del entorno académico en el que se utiliza.

Ahora bien, el problema central no radica únicamente en que el aprovechamiento de la inteligencia artificial sea desigual (algo esperable en cualquier tecnología compleja) sino en los efectos epistemológicos que estas diferencias generan en la producción de conocimiento científico. Es precisamente en estos efectos donde se sitúa el núcleo del problema.

Efectos específicos en la investigación en comunicación

En el ámbito específico de la investigación en comunicación, la incorporación de la inteligencia artificial está produciendo efectos visibles y ambivalentes. Por un lado, y siempre que exista acceso a estas herramientas, la IA permite automatizar y agilizar un amplio abanico de tareas cuya complejidad varía considerablemente. En su nivel más básico, facilita procesos relativamente simples como la traducción de textos, la corrección formal o la mejora estilística de manuscritos. En niveles más avanzados, puede intervenir en fases más complejas del proceso de investigación, como el diseño de estudios, el preprocesamiento de datos o determinados tipos de análisis.

Este conjunto de aplicaciones tiene un efecto inmediato y difícilmente discutible: un incremento general de la productividad científica. La inteligencia artificial permite producir más investigación en menos tiempo. Sin embargo, este aumento en la cantidad de producción científica podría no implicar necesariamente un incremento proporcional en su calidad. De hecho, en primer lugar, existe el riesgo de que la facilidad para generar textos y resultados proporcione al colectivo académico una falsa sensación de solidez y capacitación científica no respaldada por una formación equivalente.

La seguridad de la IA a la hora de organizar ideas, sintetizar literatura o proponer diseños metodológicos genera una experiencia de usuario que puede inducir a interpretar el resultado como intelectualmente sólido, incluso cuando el contenido es superficial, incompleto o conceptualmente problemático. En investigadores con una experiencia y formación sólida, esta interacción puede funcionar como herramienta auxiliar, sometida a evaluación constante. Pero en otros contextos, la calidez y dulzura del *output* puede generar una sensación de seguridad injustificada además de dependencia. La coherencia lingüística artificial se convierte así en sustituto implícito del razonamiento científico, no necesariamente eliminándolo, pero muy probablemente relajándolo.

Más allá de la ilusión de seguridad y solidez, la integración creciente de la inteligencia artificial en la práctica científica puede intensificar un segundo efecto estructural: la estandarización teórica, metodológica y estilística del campo. Al operar sobre patrones hegemónicos, los modelos de lenguaje artificial tienden a reproducir las formas de hacer investigación más convencionales y consolidadas, visibilizando (aún más) aquello que es familiar y, en consecuencia, guillotinando aquello que es diferente o periférico. Este proceso no implica necesariamente una degradación inmediata de la calidad científica. Sin embargo, plantea una pregunta de mayor alcance: ¿qué ocurre con la diversidad científica cuando una tecnología basada en patrones dominantes se integra masivamente en la práctica investigadora? Si la creatividad científica requiere riesgo, duda y ensayo, la eliminación de estas fricciones mediante el incremento de herramientas altamente estandarizadoras puede tener importantes efectos secundarios en la originalidad del campo.

Planteado en términos prospectivos, la inteligencia artificial podría favorecer una expansión cuantitativa de la investigación en comunicación sin una mejora equivalente en su calidad y relevancia

internacional. Este escenario no debe interpretarse como un argumento contra la IA, sino como una llamada a tenerla en cuenta en la formación básica de los programas de doctorado. Bien integrada, la inteligencia artificial representa una gran oportunidad para fortalecer la calidad de la investigación en comunicación en España y reforzar su proyección internacional. Pero ello requiere estar alerta ante sus posibles efectos no deseados y actuar en consecuencia, poniendo el foco en la formación teórica y metodológica de nuestros estudiantes para que puedan aprovecharla con mayores garantías.

Referencias

- Blackburn, R. M. (2008). What is social inequality? *International Journal of Sociology and Social Policy*, 28(7–8), 250–259. <https://doi.org/10.1108/01443330810890664>
- DiMaggio, P., Hargittai, E., Celeste, C., & Shafer, S. (2004). Digital inequality: From unequal access to differentiated use. In K. M. Neckerman (Ed.), *Social inequality* (pp. 355–400). Russell Sage Foundation.
- Gil de Zúñiga, H., Goyanes, M., & Durotoye, T. (2024). A scholarly definition of artificial intelligence (AI): Advancing AI as a conceptual framework in communication research. *Political Communication*, 41(2), 317–334. <https://doi.org/10.1080/10584609.2023.2290497>
- Goyanes, M., & De-Marcos, L. (2025). Protocolo metodológico para el desarrollo de análisis de contenido asistido por inteligencia artificial fiable y válido: Guía práctica con ChatGPT. *Anuario ThinkEPI*, 19, e19a15. <https://doi.org/10.3145/thinkepi.2025.e19a07>
- Hargittai, E., & Hinnant, A. (2008). Digital inequality: Differences in young adults' use of the Internet. *Communication Research*, 35(5), 602–621. <https://doi.org/10.1177/0093650208321782>
- Robinson, L., Cotten, S. R., Ono, H., Quan-Haase, A., Mesch, G., Chen, W., Schulz, J., Hale, T. M., & Stern, M. J. (2015). Digital inequalities and why they matter. *Information, Communication & Society*, 18(5), 569–582. <https://doi.org/10.1080/1369118X.2015.1012532>